

El holgazán mentiroso

Si dijera que el holgazán olía mal, sería yo el mentiroso. El hombre apestaba. A tres metros de lejos, un perfume raro y ofensivo de vinagre, plátano podrido, mugre y sudor asaltaba mi nariz. Pero allí estaba yo igual, con mi compañero dándome una mirada de lejos.

Él se sentaba en la vereda fuera de la capilla. Unas Hermanas se habían percatado de él, pero les daba miedo —entre el olor y sus gruñidos, ellas no quisieron acercarse. Tenía una barba gigante y sucia, llena de polvo y comida, y el único artículo de ropa que alcanzaba ver que llevaba era un gorro de invierno, porque se cubría con una frazada salmón, en el calor de 30 grados del verano santiaguino.

Había más que cien misioneros dentro de la capilla, listos para la conferencia de cambios, esperando que llegaran los más lejanos. Afuera, estábamos unos Élderes, Hermanas, mi compañero y yo ayudando con maletas, cuando una de ellas me indicó al hombre.

A decir la verdad, apenas quería yo acercarme. Había trabajado varias veces con los enfermos mentales en mi misión ya, y el pequeño montón ocupando el rincón del estacionamiento claramente tenía unas pernas sueltas. —Si éste no es enfermo mental, me como los zapatos aquí mismo—, pensé.

—*Te es obvio que él necesita ayuda*— vino la respuesta inesperada en mi mente.

—Sí, pero hay muchos de nosotros aquí, y ya es hora de empezar. Estaré tarde, y si pierdo el anuncio para mí, será bien vergonzoso—, contesté impacientemente.

—*Qué es lo más importante - ¿estar tarde, o desobedecer un mandamiento? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el Señor Dios se vale de medios para realizar sus grandes y eternos designios. Puede que éste hombre sea diferente.*

—Ya, si me vas a venir con escrituras, entonces, iré y lo haré—, me quejé. Me acerqué, tentativamente. —Perdón, caballero, —le saludé— ¿necesitas ayuda? No me contestó; se encogió y bajó la cabeza. A pesar del asalto a mi nariz y mi buen juicio, me senté a su lado, casi desmayando por la combinación de calor y heces.

—Soy misionero. Me llamo el Élder Hansen—. Silencio, profundo y maloliente. —Mira, no tengo mucho tiempo, y sé que necesitas ayuda, —saqué de mi bolso un folleto de la Restauración. —Tengo mucho frío, —me contestó.

Anoté mi número y la dirección del Templo de Santiago, que quedaba tres estacionamientos del metro al norte. —Se nota, amigo. Te quiero ayudar, pero no me da el tiempo al momento. Este es mi número personal y la dirección de las oficinas de la iglesia mía. Voy a una reunión en esta capilla, pero si aún estás aquí después, puedo ayudarte a llegar allí. Sacó una mano sucia, con uñas largas, quebradas y amarillas, y lo tomó, susurrando, —Gracias.

Entré en la capilla con mi compañero, ambos tarde, pero sintiéndome mucho mejor. Empezó la reunión, como siempre, con un himno y una oración. Entró el holgazán en la segunda estrofa y se sentó en la primera fila, solo. Todos lo miraban como bicho raro.

Se paró el Presidente Laycock después de la oración, y bajó del estrado, dándole un abrazo al hombre mientras yo hacía cara de asco, recordando el hedor. Le invitó a hablarnos.

—Mala idea—, pensé. Y esto seguí pensando, hasta que el hombre se quitó la barba, la frazada, la peluca y el gorro, revelando un joven bien vestido quien empezó a darnos un discurso, indicando que yo fui el único en hablarle.

Desde el vacío en primera fila dónde él se había sentado, hasta el fondo de la capilla, se podía palpar la vergüenza de los misioneros. — *¿Me tienes algo que decir?*

—Tenías razón, amigo mío. Dios obra en maneras extrañas.